



# Oscar Royero

*Mística y lucha por la justicia*

Martin Maier

Prólogo de Jon Sobrino

Herder

Martin Maier

Óscar Romero

*Mística y lucha por la justicia*

Traducción: *Malena Barro*

Herder

*Título original:* Óscar Romero

*Traducción:* Malena Barro

*Diseño de la cubierta:* Claudio Bado y Mónica Bazán

*Edición digital:* José Toribio Barba

© 2001, Verlag Herder Freiburg im Breisgau, Alemania

© 2005, Herder Editorial, S.L., Barcelona

1.ª edición digital, 2015

ISBN DIGITAL: 978-84-254-3154-8

*Depósito legal:* B-14551-2015

La reproducción total o parcial de esta obra sin el consentimiento expreso de los titulares del *Copyright* está prohibida al amparo de la legislación vigente.

**Herder**

[www.herdereditorial.com](http://www.herdereditorial.com)

## ÍNDICE

[Prólogo](#)

[Introducción](#)

[VIDA Y OBRA](#)

[Una vieja historia](#)

[El camino hasta la ordenación sacerdotal: 1917-1943](#)

[\*El Salvador: una historia de injusticia y represión\*](#)

[\*El niño de la flauta\*](#)

[\*La primera formación espiritual\*](#)

[\*Los años de estudio en Roma\*](#)

[Cura párroco en San Miguel: 1944-1967](#)

[\*Trabajo hasta la extenuación\*](#)

[\*Amigo de los pobres y de los ricos\*](#)

[\*Tensiones con otros sacerdotes\*](#)

[La primera etapa en San Salvador: 1967-1974](#)

[\*La histórica Conferencia Episcopal de Medellín\*](#)

[\*Obispo auxiliar en San Salvador\*](#)

[\*En la lucha contra una politización de la Iglesia\*](#)

[Obispo de Santiago de María: 1974-1977](#)

[Contacto vivo con los pobres](#)

[Una represión creciente y la respuesta de la Iglesia](#)

[Arzobispo de San Salvador: 1977-1980](#)

[Un recibimiento glacial](#)

[El experimento de Aguilares](#)

[«Es peligroso ser cristiano»](#)  
[«Rutilio me ha abierto los ojos»](#)  
[El gobierno contra la Iglesia y el pueblo](#)  
[El «milagro Romero»](#)  
[Un hombre dialogante](#)  
[Una jornada de trabajo típica](#)  
[De la caridad a las estructuras](#)  
[Ataque profético a los ídolos](#)  
[Persecución de la Iglesia](#)  
[División en el seno de la Iglesia](#)  
[Relaciones difíciles con Roma](#)  
[El golpe del 15 de octubre de 1979](#)  
[Doctorado honoris causa en Lovaina](#)  
[La carta al presidente Carter](#)  
[Los últimos ejercicios](#)  
[La última homilía dominical](#)  
[«Si el grano de trigo no cae en la tierra...»](#)

#### [OBRA Y TESTIMONIO](#)

[La «obra» de Romero](#)  
[La unidad de prédica y persona](#)  
[Las homilías de Romero](#)  
[«La palabra de Dios tiene que encarnarse en realidades»](#)  
[Los hechos de la semana](#)  
[Un resto inexplicable](#)  
  
[¿Conversión o desarrollo?](#)  
[La conversión como proceso](#)  
[Un hombre nuevo](#)  
[Retorno a las raíces](#)

[El nuevo ver](#)

[El nuevo ver en la Biblia](#)

[Los ojos de la misericordia](#)

[El nuevo ver en Romero](#)

[La conversión de Romero a la luz del Concilio y de Medellín](#)

[La separación preconiliar entre Dios y el mundo](#)

[La Iglesia al servicio de los seres humanos](#)

[Los signos de los tiempos](#)

[El grito de los pobres como llamada de Dios](#)

[Unidad de la historia](#)

[Iglesia y política](#)

[Pecado estructural](#)

[Dios y Cristo en los pobres](#)

[Opción por los pobres](#)

[El Dios de vida y los ídolos de la muerte](#)

[«El pueblo es mi profeta»](#)

[El pueblo crucificado](#)

[La espiritualidad de Romero](#)

[Un hombre de oración](#)

[Confiar a la vez en Dios y en las propias facultades](#)

[Esperanza contra toda esperanza](#)

[ACTUALIDAD DE ROMERO](#)

[Resurrección en el pueblo de El Salvador](#)

[Doce años de guerra civil](#)

[La paz tanto tiempo anhelada](#)

[El trasfondo del asesinato de Romero](#)

[Un padre de la Iglesia moderno](#)

[Un proceso de beatificación con obstáculos](#)

[Canonizado por el pueblo](#)

[Cambio de línea en la Iglesia](#)

[Irradiación universal](#)

[Romero, como fuente de inspiración para la teología](#)

[Romero en la era de la globalización](#)

[Solidaridad en el espíritu de Romero](#)

[Globalización de la solidaridad](#)

[Mística y política](#)

[Bibliografía](#)

## PRÓLOGO

El tercer milenio –a pesar de las promesas– no está produciendo una humanidad más humana. Además está proliferando el miedo. Para las minorías que viven en la abundancia, el miedo –nuevo– al terrorismo; para las mayorías que viven en la miseria, el miedo –de siempre– a la pobreza, la injusticia, la ignorancia y el desprecio. Éstas necesitan un abogado «defensor», personas, instituciones. Aquéllas necesitan profetas que muevan a conversión.

En un mundo así, es cierto que proliferan espiritualidades, que a veces son una especie de mercancía para llenar vacíos en el sujeto moderno o postmoderno. Pero nuestro mundo necesita otra cosa. Puede ser la esperanza y la sonrisa de Juan XXIII, el paso silencioso que da Maximilian Kolbe, o la mujer africana que, cuando tiene que huir, lleva sobre su cabeza lo que le queda de su casa y a dos o tres niños agarrados de sus manos. Esas cosas no son todavía «espiritualidad». Son realidades que humanizan, sin las cuales las diversas espiritualidades no lo harán, o no de manera suficiente, en nuestro mundo de hoy.

El libro de Martin Maier nos ofrece una de esas realidades que humanizan. Comparto plenamente su tesis fundamental sobre «monseñor Romero como maestro de la espiritualidad», cómo la va exponiendo el autor y cómo argumenta en su favor. La documentación es buena y está bien trabajada. El contacto personal con quienes conocieron a monseñor le otorga una dimensión de profundidad a las fuentes escritas y da calor humano a las conclusiones. Me parece que lo más importante del libro es la intuición cierta que guía y posibilita al autor adentrarse en la verdad más

fundamental de monseñor Romero. Sobre esto quiero extenderme un poco en este prólogo.

La clave para comprender a monseñor queda muy bien formulada cuando cita de él estas palabras: «La gloria de Dios es el pobre que vive» (*gloria Dei, pauper vivens*), y comenta: «ésta es la fórmula breve de la fe y de la espiritualidad de Romero». A algunos les llamará la atención lo novedoso del contenido, pues introduce en Dios al «pobre que vive», pero quizás sea más profundo el hecho en sí mismo: monseñor Romero tuvo la audacia de decir qué es la gloria de Dios, qué es lo último de la realidad. Ciertamente es que tenía apoyo literario en Ireneo (*gloria Dei, vivens homo*), pero su propia reformulación no es una mera extrapolación conceptual de Ireneo, sino convicción última personal –lo que el autor enfatiza con otras palabras, al hablar de «el grito de los pobres como llamada de Dios».

¿De dónde proviene esa convicción, la clave de ser y hacer de monseñor Romero, lo que será la clave de su «espiritualidad»? Según entiendo, el autor ve las raíces últimas de esa convicción –histórica y teológica– en *un nuevo ver*. Y pienso que así fue. Dedicó varias páginas a discutir si esa novedad fue cambio o conversión, tarea que no me parece superflua porque ayuda a afinar y comprender mejor que en realidad hubo «un nuevo ver».

Eso nuevo es, por una parte, lo más antiguo: la realidad real del pueblo salvadoreño, es decir, su pobreza, la injusticia y el pecado que la produce. En términos de «espiritualidad», lo más importante es que esa realidad se le mostró, se le reveló. Por otra parte, eso nuevo fue también algo con lo que, probablemente, no contaba y fue revelación todavía mayor: el potencial de bondad y de verdad en el pueblo. «El pueblo es mi profeta.» «Con este pueblo no cuesta ser buen pastor.» Fue la experiencia de gracia.

Este nuevo ver le llevó a varias actitudes y praxis que

fueron centrales en los tres últimos años de su vida. Le llevó a lo que suelo llamar la «superación del docetismo eclesial», muy extendido en la Iglesia. Monseñor, con ojos nuevos, quería una Iglesia que fuese ante todo «real», es decir, salvadoreña, y eso no sólo a base de superficiales barnices culturales. De ahí sus escalofriantes palabras: «Me alegro hermanos, de que nuestra Iglesia sea perseguida... Sería triste que en una patria donde se está asesinando tan horrorosamente no contáramos entre las víctimas también a sacerdotes. Son el testimonio de una Iglesia encarnada en los problemas del pueblo». De ahí que, en monseñor Romero, el recordatorio de Karl Barth de que hay que predicar con la Biblia en una mano y el periódico en la otra no es palabra vacía. Más aún, en el caso de Romero habría que ir más allá: hay que predicar encarnados en la realidad –sobre la que, después, hablan los periódicos.

Este nuevo ver llegó a ser humano y cristiano al estar transido de misericordia. Se consuma la verdad de lo que se ve en «los ojos de misericordia». Es un ver que lleva por su esencia a la salvación de las víctimas; la verdad debe ser hecha, no sólo comunicada –como aparece a lo largo del libro. Baste decir que su palabra profética nacía de la misericordia hacia el pobre: defenderlo diciendo su verdad, y diciéndola –aun en contra de otros– porque ellos no la podían decir. De ahí sus conocidas palabras: «sus homilías querían ser la voz de los sin voz». Desde esta específica forma de «ver», la «espiritualidad» de monseñor Romero es lo que Johann B. Metz ha llamado «mística de los ojos abiertos» y confirma lo que dice Gustavo Gutiérrez: «a Dios hay que contemplarlo y hay que practicarlo». Ese modo de ver es esencialmente salvífico, porque lleva a la salvación del otro, de las víctimas, sobre todo, y a la salvación del propio monseñor. Eso es evidente en el libro de Martin Maier y en la vida de monseñor. Sólo quiero añadir dos breves refle-

xiones para profundizar en ello. El «ver» viene, ante todo, de la realidad, no primariamente de textos sobre la realidad. Y de ahí que la necesidad, radicalidad y dirección de la praxis tenga la fuerza de la realidad, no sólo la fuerza de normas externas a ellas, aunque sean eclesiales y aun bíblicas. La segunda es que de esa manera se supera una cierta comprensión gnóstica de la salvación, que acaece, de alguna forma, fuera de la realidad, por medios ajenos a ella, además de ser elitista para iniciados.

Por último, ese nuevo ver –aunque ahora penetramos ya en lo más hondo e impenetrable del ser humano, y por ello bueno será entrar en silencio y de puntillas– le llevó a la «novedad» de Dios y de su Cristo. Baste recordar su visión de Dios como Dios de vida, añadiendo simultánea y dialécticamente su visión de los ídolos como aquellas realidades históricas, realmente existentes, que generan y necesitan víctimas para subsistir. Y su visión de Cristo, presente en la historia, hasta poder decir a los campesinos masacrados: «Ustedes son el cuerpo de Cristo».

Esto es en mi opinión lo más importante que este libro saca a luz. Para terminar, hagamos dos breves reflexiones. La primera es que monseñor Romero, a quien el autor llama «maestro de espiritualidad», prácticamente no habla ni menos teoriza sobre lo que es espiritualidad y cuál es la suya. Y también en esto se parece a Jesús. También monseñor «pasó haciendo el bien» (Hch 10, 38), pero no fundó ni consciente ni inconscientemente una escuela de espiritualidad (aunque se pueda reconstruir un modo «romeriano» de ser, por así decirlo). Lo suyo fue ser humano, cristiano y salvadoreño con la máxima honradez y esperanza posibles, y con la máxima apertura a eso que llamamos «gracia», eso bueno que nos sale al encuentro, y que él lo encontró en su pueblo y lo vivió con sorpresa agradecida. Que la última fuente estaba en el misterio de Dios, era evidente. Así in-

terpreto la insistencia de monseñor Romero en la oración, como lo recoge el autor. Lo que queda claro de monseñor, prosiguiendo la cita de Hechos, es que «Dios estaba con él» y no conocemos otra forma mejor de decir que fue hombre de Espíritu.

La última reflexión es sobre la universalidad de monseñor Romero. Como fenómeno histórico y sociológico, me parece indiscutible. Pero hay más que eso. Monseñor Romero, sin haberlo dicho en vida, hoy nos transmite, pienso yo, una palabra verdaderamente universal: «Sígueme». No es esto por mimetismo fácil o irrespetuoso. «Sígueme» es exigencia, pero es también invitación. Vive de la esperanza de que lo humano es posible. Yo creo que eso es lo que monseñor Romero comunica objetivamente, y lo comunica a todos. Sólo pone una condición: la honradez de un nuevo mirar a los pobres de este mundo y de un reaccionar con entrañas de misericordia. Todo lo demás –incluida una espiritualidad configurada– viene después.

Martin Maier ha escrito un libro en el que con precisión y minuciosidad ha dicho muy bien todas estas cosas, y otras más. Lo más importante del libro –en mi caso, al menos– es que me ha recordado y evocado lo más hondo de monseñor Romero y lo que hoy puede seguir humanizando en un mundo que necesita rumbo y esperanza: el amor –sin componendas– a los pobres de este mundo. De ahí mi sincero agradecimiento al autor.

JON SOBRINO

## INTRODUCCIÓN

El asesinato a tiros del arzobispo Óscar Romero el 24 de marzo de 1980 ante el altar se ganó un espacio incluso en los telediarios. Por entonces, yo estaba dando los primeros pasos por mi camino en la orden de los jesuitas y apenas sabía algo de El Salvador y de los antecedentes de este crimen. Sin embargo, las circunstancias de esta muerte acaecida durante la celebración de la santa misa me impresionaron profundamente. «Imita lo que celebrarás», se dice en la liturgia de la ordenación sacerdotal. Romero imitó lo que celebró: el recuerdo de que Jesús entregó su vida por amor. La sangre que Romero derramó ante el altar vivificó el trasfondo real de la celebración de la misa: «Esto es mi Cuerpo, entregado por vosotros. Esta es mi Sangre, derramada por vosotros».

Me reencontré con la historia de Óscar Romero y El Salvador cuatro años más tarde, mientras realizaba dos años de prácticas en la revista *Orientierung* en Zúrich. Ludwig Kaufmann, por entonces redactor jefe, estaba escribiendo precisamente su libro *Tres pioneros del futuro cristianismo de mañana*. Junto con Juan XXIII y Charles de Foucauld. Óscar Romero era para él uno de estos pioneros. Ludwig Kaufmann me pidió que leyese las galeradas del libro. Ante todo, me fascinó su relato sobre cómo el temeroso y conservador hombre de iglesia Romero se había convertido en el profético defensor de los pobres. Para ello, Kaufmann se apoyó particularmente en el teólogo de la liberación Jon Sobrino, amigo y asesor de Romero. Sobrino, que también mantenía una amistad con Ludwig Kaufmann, vino de visita a Zúrich. Estaba nevando fuera cuando le hablé sobre la

posibilidad de estudiar teología en El Salvador. «Bienvenido», me dijo Sobrino.

El 1 de septiembre de 1989 volví a escuchar esas mismas palabras de boca de Sobrino, pero esta vez en San Salvador. Sin embargo, también me tenía preparada una pequeña desilusión: no iba a poder residir, como había estado previsto originalmente, con él, Ignacio Ellacuría y los demás jesuitas en la comunidad del campus de la Universidad Centroamericana. Todas las habitaciones para huéspedes estaban ocupadas en ese momento. A cambio, me alojé en una casa cercana con otros jesuitas que estudiaban. Había venido a El Salvador en el contexto de mi tesis doctoral sobre la teología de Jon Sobrino e Ignacio Ellacuría. Abrigaba la esperanza de poder colaborar con Sobrino y Ellacuría. Desde un principio, Sobrino me alentó para que leyese no sólo los libros de la biblioteca, sino también el «libro de la realidad». Esta era la fuente más importante para su teología.

Me sentía muy feliz de encontrarme en la tierra del arzobispo Óscar Romero. Las primeras semanas fueron para mí una peregrinación constante. Visité los lugares importantes de su vida y su obra: la catedral todavía inconclusa, en cuya nave lateral se encontraba por entonces el sepulcro de Romero; la capilla del hospital, en la que fue asesinado y donde también tenía su humilde vivienda; la tumba de Rutilio Grande, cuyo asesinato había sido decisivo para la transformación de Romero. Igual importancia tuvieron para mí los vívidos encuentros con los pobres de El Salvador en una parroquia rural llamada Jayaque. Aquí trabajaba un equipo de jesuitas y religiosas, con Ignacio Martín-Baró en calidad de párroco. Martín-Baró era psicólogo social y vicerrector de la Universidad Centroamericana. El Padre Nacho, como se le llamaba cariñosamente, pasaba los fines de semana en Jayaque, celebraba la santa misa con la comunidad y

acompañaba a los campesinos en su difícil camino entre la opresión y la esperanza. Me invitó a trabajar con este equipo.

Fui recibido con mucho cariño y me acogieron en la comunidad. Durante mi primera misa en una de las comunidades de base, cantaron para mí una canción sobre monseñor Romero, que dice: «El 24 de marzo, la Iglesia no olvidará que otra vez bañan con sangre al que dijo la verdad». En aquellas circunstancias, cuánta actualidad cobraron de repente las lecturas de la Sagrada Escritura, incluso llegando a tomar un carácter explosivo: «Escuchad estas palabras, vosotros, que perseguís a los débiles y oprimís a los pobres...». «Había una vez un hombre rico, que se vestía de púrpura y fino lino, y que día a día vivía deliciosamente y en regocijo...». Durante la homilía, ellos mismos establecieron la relación con su situación: la raíz de su miseria es la injusticia y la explotación. El Dios de estas palabras es un Dios de vida, que toma partido por los oprimidos y defiende su derecho a una vida digna.

Muy pronto llegué a tener una buena colaboración con Jon Sobrino e Ignacio Ellacuría, el rector de la Universidad, cuyos análisis políticos eran muy respetados en El Salvador y también internacionalmente. Con un cauto optimismo, enjuició las conversaciones de paz que, por entonces, se habían entablado entre el gobierno ultraderechista y la guerrilla. Sin embargo, muy pronto surgieron de nuevo negros nubarrones en el horizonte político, que descargaron el 11 de noviembre en una ofensiva de la guerrilla en todo el país. El jefe del Ejército decidió liquidar a aquellos que consideraba como los «cabecillas de la subversión». Se envió a la Universidad Centroamericana una unidad del batallón de elite Atlacatl, entrenado especialmente en Estados Unidos, con la orden de asesinar a Ignacio Ellacuría y no dejar con vida a ningún testigo.